

SERMON

DE LA PASION DE JESUCRISTO.

PARA EL VIÉRNES SANTO.

(DE GONZÁLEZ.)

Christus pro nobis mortuus est.

Cristo murió por nosotros.

S. Pablo á los rom. c. 5. v. 9.

Almas tiernas y compasivas, ¿tendréis valor para presenciar la escena mas trágica, el espectáculo mas triste y lamentable que ha podido representarse en todos los siglos? ¿No os faltará el ánimo, al escuchar la historia mas sangrienta y horrorosa que puede imaginarse? ¿Os permitirá vuestra compasion ver en medio de los mas crueles tormentos, de los martirios mas terribles á aquel que tan de veras os ama, á aquel cuyo amor excede al que os profesan todas las criaturas juntas? ¿Vuestra ternura os dejará ver el desconsuelo y las angustias del que alegre á los cielos con su presencia, los dolores del que es impasible por naturaleza, las agonías crueles y la ignominiosa muerte del Autor de la vida? Disponéos pues, preparád vuestro corazon, hacéd acopio de lágrimas, que por mucho que sea vuestro valor, no podréis ménos de verterlas en abundancia, al oír una relacion capaz de arrancarlas á un tigre; una relacion que ablandaría sin duda alguna un corazon de bronce, y desharría una piedra, si estos seres fueran sensibles.

Miserables pecadores! ¿queréis saber hasta dónde llega el horror de la culpa? deseáis conocer los estragos que ocasiona? Venid, venid á oír esta sangrienta historia, y por mucha que sea vuestra perversidad y obstinacion, no podréis permanecer

insensibles; haréis los mas firmes propósitos de no cometer nuevamente un pecado que tan graves males ocasiona. Venid, no movidos de una vana curiosidad, si solo de la mas tierna compasion; porque se trata nada ménos que de la sagrada passion, de la muerte cruelísima del mas inocente de los hombres, del Unigénito de Dios.

Pero, ay de mí! tendré yo valor para referirla? ¿Podré hacerlos la relacion de unos sucesos en que tengo tanta parte? ¿Cada paso no me recordará que yo mismo he contribuído y contribuyo todos los dias á atormentar á aquel divino Jesus, á darle inhumano la muerte? No hay duda; cada palabra que profiera, presentará á mi consideracion que mis escandalosas é impías ingratitudes son los azotes, las espinas, los clavos, los sayones, la cruz. Ó monstruo horrible! me dirá continuamente mi conciencia; ¿sabes quién padece, quién es atormentado, quién muere oprimido de angustias y dolores? — Quién? el mismo Dios que te ha criado; el mismo que te ha enriquecido con tantos y tan apreciables beneficios; el mismo que hermoseó el cielo con tanta multitud de astros y planetas; el mismo que adornó la tierra, el agua y el aire con tantas y tan diversas especies de animales y plantas; el mismo que da el ser, el movimiento y la vida á todos los vivientes; el Unigénito del eterno Padre. Y por qué muere? Precisamente porque tú vivas, porque tú te salves, porque tú seas eternamente feliz. Qué confusion! Dios padece por mí, y yo aumento sus padecimientos! ¡Dios muere por mí, y yo hago mas cruel su muerte despreciando este beneficio, y ofendiéndole con mayor osadía! Y ¿aún me atreveré á referir sus dolores, á hablar de sus clavos y de su cruz? ¿Insistiré todavía en excitar vuestra compasion por sus tormentos, y vuestra gratitud por el singular beneficio que os dispensa con su muerte, cuando he permanecido insensible á aquellos y no he sabido apreciar este?

Puesto, Dios mio, que quisisteis sufrir tan crueles tormentos por nosotros, por nuestra salud, por nuestra felicidad, hacéd de modo que sepamos aprovecharnos de ellos. No despreciéis, Padre eterno, la súplica que por nosotros os dirigió vuestro Unigénito desde la cruz. Es verdad que nosotros le hemos crucificado; pero recordád que atribuyéndolo él mismo á ignorancia, os suplicaba al tiempo de espirar que nos perdonaseis: *Pater, ignosce illis, nesciunt quid faciunt.* Esta misma súplica

os hago yo ahora : compadecéos de nuestra miseria ; disimulád nuestra culpa , hija de una fatal ignorancia. *Nesciunt quid faciunt* : no sabíamos, Señor, el terrible efecto que nuestros crímenes producen en vuestro santísimo Hijo. Dádnoslos pues á conocer, para que los evitemos en lo sucesivo. Recurrimos á vos que sois el único capaz de infundirnos este conocimiento ; y para mas obligaros á que nos concedáis esta gracia, os recordamos cuanto padeció por nosotros el inocente Jesus, y las angustias de su bendita Madre, viéndole en tan lastimoso estado.

Aunque la Iglesia ofrece hoy á nuestra consideracion el recuerdo de vuestras penas y aflicciones, nosotros sabemos no obstante, Virgen santa, que estáis en la morada de los justos, donde no hay trabajo ni dolor alguno ; por tanto, y sin temor de aumentar vuestro desconsuelo, nos atrevemos á solicitar vuestra proteccion rezándoos, como en otras ocasiones, la oracion del *Ave Maria*.

Ya conocia el Salvador cuán intensos habian de ser sus dolores, cuán excesivos sus tormentos, puesto que para sufrirlos se prepara con la oracion : ejemplo digno de imitarse por cierto. Concluída la instructiva lección que dió á sus discípulos en la institucion del santísimo sacramento de la eucaristía, y conociendo que era llegada la hora en que habia de dar principio su pasion, elige tres de los que mas amaba y se retira con ellos al huerto de Getsemaní, donde apartándose un poco, se postró en tierra para considerar despacio la escena que iba á representar ; todos los tormentos, todas las circunstancias que hacian mas sensible su pasion se presentan al punto y con la mayor viveza á su memoria. En aquel momento ve á su eterno Padre sumamente irritado contra el hombre, y conoce que no se aplacará su indignacion sino con el precio de su sangre, que era preciso derramar por lo mismo. Allí ve la prision, las ignominias, los crueles martirios que le esperaban ; allí ve la cruz afrentosa en que habia de exhalar su último aliento ; allí ve el desamparo de sus discípulos, el desconsuelo de su bendita madre, el menosprecio de los hombres ; allí ve el escaso fruto de su pasion, y nuestros innumerables y enormes pecados que habian de impedirlo ; y esta consideracion es sin duda la que le atormenta hasta el extremo de derramar por su corazon la mas profunda

tristeza, exclamando al mismo tiempo : *triste está mi alma hasta la muerte. Padre eterno, pase de mí, si es posible, este cáliz de amargura y de dolor* ; pase, porque si solo su recuerdo me pone á punto de morir, ¿qué me sucederá cuando lo beba ? ¿Qué sentimiento producirá en mi alma la pérdida y condenacion de tantos pecadores, cuando sola su representacion me coloca al borde del sepulcro ? No habrá remedio, amantísimo Padre mio ? ¿está resuelto en los decretos eternos que yo he de apurar este cáliz ? vuestra voluntad es irrevocable en este punto ? En tal caso cúmplase : venga, que yo lo apuraré hasta las heces : vengan los tormentos, que yo los sufriré resignado. ¡Qué dolor tan agudo sentiria, viendo que su Padre desoye tan justas súplicas, y se niega á prestarle el menor consuelo en tan penosa situacion ! Pero ¡cuánto se aumentaria tambien su tristeza hallando dormidos á los discípulos, á quienes volvió despues de su oracion !

Consideremos esto despacio, cristianos pecadores, porque en esta conducta de los apóstoles está representada la nuestra. ¡El Señor velando solícito por nuestro remedio, al tiempo que nosotros descuidados dormimos sin temor alguno ! ¡El Hijo de Dios padeciendo por nosotros agonías de muerte, y nosotros olvidados de su pasion y de nuestros intereses, nos entregamos al mas profundo sueño ! Ó ingratitud, ó ciega locura de los mortales ! ¿no conocéis que le obligaréis de ese modo á que se vuelva á retirar, oprimido de dolor y desconsuelo ? Así lo hace con efecto viendo dormidos á sus discípulos ; repite por dos veces la misma oracion, y cada vez mas angustiado se apodera de su cuerpo una mortal congoja, que le produce un copiosísimo sudor de sangre, cuyas gotas caían hasta el suelo. Movido el eterno Padre de un desfallecimiento que jamas habia sentido su Hijo, se ve, digámoslo así, en la precision de enviarle un ángel de su gloria, para que confortase su humanidad, y le animase á padecer y morir.

Aquí, aquí es donde yo reclamo toda vuestra atencion. ¡El omnipotente y criador universal es confortado por una de sus mismas criaturas ! ¡El consuelo de los afligidos es consolado por uno de sus siervos ! Inferid de aquí cuán oprimido se hallaria su corazon ; y persuadió á que la causa de esta afliccion no es otra que el recuerdo de nuestra ingratitud á lo mucho

que iba á padecer por nosotros, y el presentimiento de nuestra desgracia.

Pero pasemos mas adelante, y veamos que acabada su oracion se levanta animado y fortalecido, y espera con firme resolucion la turba de ministros armados que, capitaneados del mas indigno de los hombres, del mas infiel de los mortales, del mas ingrato de los vivientes, del perverso Júdas, llegan á prenderle con desapiadada furia como si fuera el peor de los malhechores. Vedle con cuánta resignacion sufre que el traidor imprima en su divino rostro aquellos labios sacrílegos é impíos en señal fingida de amistad, pero verdadera de perfidia, pues era la que tenia dada á los ministros, para que pudiesen conocer á Jesus y prenderle en el acto.

Ah monstruo horrible! ¿era acreedor á tan infame conducta ese mismo que te habia elegido entre tantos millones de hombres, para ser uno de sus apóstoles? ¿Es regular que correspondas de ese modo á los innumerables beneficios de todo género que te ha dispensado? ¿No te avergüenzas de pagar tan mal el interesante servicio de haberte lavado los piés con tanta humildad, y alimentado con su cuerpo y sangre, del mismo modo que á los demas discípulos que se le conservaban fieles? Tantos milagros como ha obrado á tu presencia, y la prevision misma de tú crimen ¿no te han podido convencer de que ese que vendes por tan vil precio y á personas tan inhumanas, es el verdadero Mesías, el Hijo eterno de Dios? Si aún resistes á esta verdad, eres mas irracional que los brutos, y si la crees, eres el mas horroroso de los monstruos, el peor de los demonios. ¡Vender á Dios que es infinitamente apreciable, que da precio y valor á todas las cosas, por un vil y maldito interés! por treinta dineros!!! Ah detestable codicia! ah interes abominable! ah ingratitud monstruosa!

Ved, cristianos, representada en esta venta toda nuestra vida. Cada vez que pecamos, vendemos interiormente á Jesucristo, no por treinta dineros, sino por un precio mucho menor; por un deleite momentáneo, y á veces de balde, que es aún peor, le entregamos en manos de sus enemigos, como lo hizo Júdas en las de las turbas, que con la mayor impiedad, sin hacer caso de que con sola una palabra les echó á todos por tierra; sin atender á la benignidad con que restituyó á uno de ellos la oreja

que habia cortado Pedro; sin conocer por estas señales su divinidad, se arrojan sobre él, le atan con la mayor inhumanidad las manos, le echan otra soga al cuello, y tirando de ella con una fiereza y crueldad nunca vistas, empiezan á caminar entre confusion y gritería, como si hubieran conseguido el triunfo mas completo.

Qué oprobio! el redentor de los hombres tratado de este modo por los mismos que venia á redimir! Su figura lastimosa, la bárbara alegría de sus enemigos, la conducta de sus discípulos, de aquellos amados discípulos que él habia elegido para sus compañeros, y que apénas le ven perseguido y atado, le abandonan, huyen de él ocultándose por no sufrir su misma suerte; todo esto es digno de la atencion de los cristianos, principalmente esta última circunstancia, que es la que nosotros imitamos todos los días. Sí: desamparamos á nuestro Dios, despues que nosotros mismos le hemos entregado; despues que nosotros mismos le hemos atado las manos, impidiendo con nuestros escándalos las buenas obras que empezaba á obrar en nuestros prójimos por medio de la gracia; se las atamos con nuestra ingratitud y desconfianza, estorbando que nos dispense sus beneficios; se las atamos con nuestra soberbia y vanagloria, impidiendo que nos comunique los bienes que se habian de convertir en daño nuestro por este vicio; se las atamos con la demasiada soltura de las nuestras para la deshonestidad, para el hurto, para todos los desórdenes, y luego le abandonamos, le dejamos solo, como lo hicieron los apóstoles, en medio de sus enemigos, que llenándole de injurias, dicerios y malos tratamientos, le llevan á empellones por las calles, como si fuera un público malhechor, hasta presentarle en casa de Anas, digno suegro del malvado pontífice de aquel año.

Este es el primero de los tribunales, en que es presentado en clase de reo el juez de vivos y muertos: aquí espera y sufre con la mayor resignacion que le pregunten por su doctrina y discípulos, y responde con una serenidad, que daba bien á entender cuán tranquila y segura estaba su conciencia: yo siempre he hablado en público; mi doctrina es manifiesta á todo el mundo, porque jamas he enseñado á escondidas: preguntád á los que me han oído, y esos darán testimonio de mis palabras. Esta respuesta tan humilde, tan cortés y comedida se recibió con muestras de la mayor indignacion. Al oirla uno de aquellos

impíos, tuvo la osadía sacrílega de dar como en castigo una fuerte bofetada al Redentor. ¡Ó malaventurada mano que así has maltratado á aquel, en cuya presencia se postran los ángeles y toda la naturaleza criada! ¿Por qué afeas de ese modo el rostro mas hermoso de los hijos de los hombres? ¿Te parece digna de ese castigo una respuesta dictada por la Sabiduría infinita?

Ofensa es por cierto atroz é injusta; mas por desgracia ni será la mayor ni la última que reciba esta noche; este es el principio de sus tormentos. Desde aquí es conducido á casa del pontífice Caifas, donde le esperaban juntos los escribas, sacerdotes y ancianos, los cuales preocupados ya contra él, no cuidan de averiguar la verdad de los crímenes que se le imputan; su empeño es hallar algun falso testigo que deponga contra él, para poder dar á su sentencia visos de legalidad. Allí descargan sobre el Santo por esencia, no una, sino innumerables bofetadas; allí, para mayor afrenta y vilipendio, se atreven á escupir en aquel rostro, espejo lucidísimo de los cielos: allí cubren con un paño sus ojos y le toman por juguete y mofa: allí le tratan de blasfemo, porque confiesa ingenuamente la verdad que es el fundamento de nuestra Fe, el sosten de nuestra esperanza y la basa de nuestra Religion: allí pasa toda la noche sufriendo las mas injuriosas afrentas y los mas dolorosos tormentos: allí tiene el desconsuelo de ver que el discípulo mas decidido, el que tantas veces y con tanta seguridad le habia dicho que le amaba mas que todos, el que habia sido testigo de su gloriosa trasfiguración, empezando á ser bienaventurado en esta vida, el que poco ántes decia estar dispuesto para morir en su compañía, este mismo, á una leve pregunta de una criada desenvuelta, le niega, se avergüenza de ser su discípulo, asegura con juramento que no le conoce; injuria que sintió mucho mas que cuantas hasta entónces habia sufrido.

Qué haces, Pedro? ¿ignoras que con esa negacion manifiestas aprobar todo cuanto los judíos hacen con tu maestro? ¿No conoces que con esa conducta indicas no creer en sus palabras, no reconocerle por hijo verdadero de Dios? Qué! tan mal concepto has formado de él, que te avergüenzas ya aún de haberle conocido? No ves que le condenas primero que los pontífices? ¿No adviertes que por lo mismo que el Señor te aprecia tanto, ha de sentir mas tu horrenda ingratitud? Así es á la verdad; se

olvida enteramente de los escarnios que le han hecho los sayones, y atiende solo á la conducta desleal de este apóstol, á quien mira compasivo, haciéndole conocer su culpa con esta mirada expresiva y retirarse de allí para llorarla amargamente.

¡Ay de mí, que instruído en esta circunstancia de lo mucho que ofende al Señor este modo de proceder, le he negado tantas veces, y me he avergonzado de parecer cristiano! Queréis saber cuándo nos conducimos de este modo? Siempre que dejamos de hacer las buenas obras que podemos y debemos, ó nos entregamos á la práctica de las que nos están prohibidas; cuando nos negamos á recibir con frecuencia los sacramentos, no nos apartamos de las malas compañías, no perdemos la maldita costumbre de murmurar, ántes bien tratamos de hacer mas divertida la murmuracion añadiendo algunos chistes picarescos; en todas estas ocasiones y otras, que no me detengo á referir, nos avergonzamos de parecer discípulos de Jesucristo, aseguramos no conocerle, le negamos y nos conducimos con las obras del mismo modo que san Pedro de palabra. Insensatos! despues de aumentar increíblemente los tormentos del Salvador, nos hacemos acreedores á aquella terrible sentencia que él mismo fulminó diciendo (1): *el que se avergonzare de parecer mi discípulo delante de los hombres, el Hijo del hombre se avergonzará de reconocerle por suyo, cuando venga con toda su majestad y gloria.* ¡Ay de aquellos que se hallen incluidos en este tremendo anatema! ¡Ay de nosotros, si merecemos oír en aquel dia estas funestas palabras! Terrible, pero bien merecida desgracia por nuestra vergüenza! ¡Horrendo, pero digno castigo de nuestros desórdenes; de esos chistes deshonrosos, con que tantas veces escupimos á Jesucristo en su misma cara! ¡Cruelísima, pero correspondiente pena al descaro, con que todos los dias ofendemos á Dios, como si tuviera los ojos vendados para no ver nuestros crímenes! Continúad, si os parece, esa vida desarreglada; fomentad cuanto os sea posible la desenvoltura, la sensualidad, la murmuracion; dad de bofetadas á Jesucristo; oscurecéd con salivas su divino rostro; avergonzáos de ser sus discípulos; hacédle el objeto de vuestros desprecios é injurias; divertíos con él toda la noche, es decir,

(1) *Marc. c. 8. v. 38.*

todo el tiempo de vuestra vida desarreglada, haciéndole sufrir cuantos malos tratamientos sea capaz de sugeriros su mayor y mas encarnizado enemigo: y si aún os parece que le habéis atormentado poco, hacéd un estudio serio por corromper cada dia mas vuestras costumbres; añadid á vuestros vicios otros mas groseros; llevádle como por la mano á Pilato, para que fulmine contra él la sentencia de una muerte afrentosa; seguid la marcha de aquellos malaventurados... Pero qué os aconsejo? Seguidla, mas no con las obras, sí solo con la consideracion, para que veáis que despues de tantos baldones y menosprecios como hicieron sufrir al Hijo de Dios en aquella larga noche, le llevan á casa del adelantado Poncio Pilato.

Dios mio! ¡con qué gritería y algazara, con qué voces y clamores, con cuánta confusion é ignominia sois conducido á presencia del que ha de fallar vuestra sentencia! Atado, cubierto de oprobio y rodeado de una chusma insolente, llegáis de dia á casa del presidente, á quien no piden que sustancie vuestra causa, sino expresamente que os condene á la última pena. ¡Cuánto dolor os causaria esta conducta de parte de un pueblo, que pocos dias ántes os habia recibido en triunfo! Sin embargo, ménos imprudente que los otros jueces, procura examinar la verdad, escucha con atencion vuestras admirables respuestas, se informa acerca de vuestra conducta, y hallándoos inocente, no se atreve á condenaros. *Crucifige, crucifige eum*: crucificalo, es la respuesta de los judíos.

Ó lenguas descomunales! qué es lo que pedís? la muerte del inocente! la muerte del justo! la muerte del que os ha dado la vida! la muerte de vuestro Dios! *Quid enim mali fecit?* pregunta con razon el presidente; qué motivo tenéis para pretenderlo así? qué pecados ha cometido? de qué crímenes podéis acusarle? ¿Será tal vez de haber abierto los ojos á los ciegos, de haber hecho oír á los sordos, de haber restituido el uso de la voz á los mudos, de haber lanzado los demonios de los cuerpos, de haber dado movimiento á los paralíticos, de haber resucitado los muertos, de que aún quiere resucitar á las almas, para que nunca vuelvan á morir? *quid mali fecit?* O ingratitud! ó locura! estos son los únicos perjuicios que os ha hecho: decidme si no, ¿qué otra culpa halláis en él, para que sea condenado á muerte? *Crucifige, crucifige eum*, es la respuesta.

Ah maldita obstinacion! ah ceguedad de los pecadores! en llegando á endurecerse un pecador, no se conduce de otro modo: desprecia las mas sólidas razones; cierra los ojos para no ver la luz, y los oídos para no percibir la verdad; por mas esfuerzos que hagan por convencerle de su error, por mas que le quieran hacer conocer su locura, aunque le manifiesten el peligro que corre; todo lo desprecia: *tolle, tolle*, responde como los judíos: *crucifige eum*, crucificalo; crucifica á ese Señor que me impone la ley de contrariar mis orgullosos é imprudentes deseos.

Esta era la respuesta de la plebe á las reflexiones de Pilato; *crucifige eum*, crucificalo, crucificalo. — Pero por qué razon? qué motivo hay? — *Crucifige*. — Eso seria una injusticia, puesto que no hay causa para fallar esta sentencia. — *Tolle, crucifige*. — ¿Es posible que desconozcáis su inocencia, que atribuyáis á delito lo que es una buena accion? — *Crucifige eum*: crucificalo, crucificalo: — no hay que esperar otra respuesta.

¡Monstruosa obstinacion, que de tal modo cierra la puerta á las impresiones de la verdad y de la razon! ¡funesto pecado que en tales términos perviertes el corazon de los hombres! No há cuatro dias que esos mismos celebraron con las demostraciones mas puras de alegría, de gratitud y de reconocimiento la entrada del Nazareno en Jerusalem, saliendo á recibirle con palmas en las manos, tendiendo en el suelo sus vestiduras, para que pasara sobre ellas, exclamando sin cesar, *Hosanna filio David*: gloria sea dada al Hijo de David, Hijo verdadero del Dios de nuestros padres; y ¡ahora le maldicen, le colman de afrentas, y piden á grandes gritos su muerte! ¿Qué sentiria aquel que en tan corto tiempo habia experimentado tan diversas acogidas? ¿Qué sentirian los santos ángeles, testigos de uno y otro suceso, y que oían tan distintas voces? ¿Qué sentiria el mismo presidente, puesto que se obstina cada vez mas en librarle de las manos de aquella chusma?

Pero veamos la impaciencia con que caminan los crueles soldados á casa de Heródes, de quien esperaban conseguir la sentencia, que el presidente se habia negado á darles: consideremos tanto mas atentos esta conducta, cuanto que en ella está representada la nuestra. Cuando obstinados en conseguir el logro de nuestros criminales deseos, se frustran las primeras tentativas, no desistimos por eso; instamos cada vez mas; re-